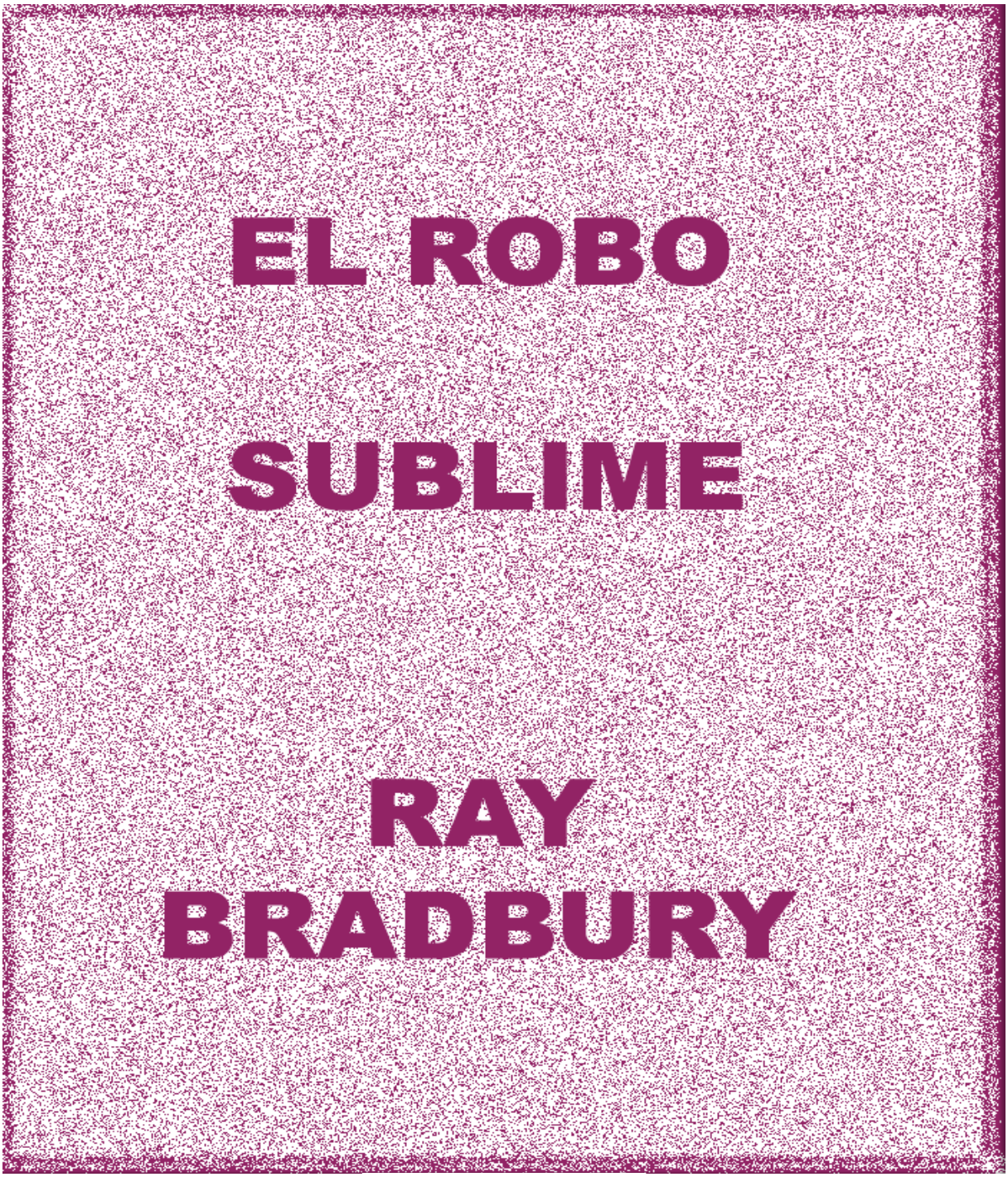
LIBRO dot.com

EL ROBO SUBLIME

RAY BRADBURY



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

EL ROBO SUBLIME

RAY BRADBURY

EMILY WILKES ABRIÓ LOS OJOS REPENTINAMENTE CUANDO OYÓ un ruido extraño a las tres de una mañana profunda y sin luna, en la que sólo las estrellas oficiaban de testigo.
-¿Rose?

Su hermana, en su cama, a no más de un metro de distancia, ya había abierto los ojos, de modo que no se sobresaltó.

-¿Oíste? -preguntó, arruinándolo todo.

-Yo te lo iba a preguntar a ti-contestó Emily-. Pero como parece que ya te enteraste, no tiene sentido que...

De pronto se interrumpió y se incorporó de un salto en la cama, al igual que Rose, como si alguien hubiera tirado de un par de hilos invisibles. Las dos ancianas, una de ochenta y otra de ochenta y uno, las dos piel y hueso y manojos de nervios, permanecieron inmóviles contemplando el cielo raso. Emily Wilkes señaló hacia arriba con la cabeza.

-¿Fue eso lo que oíste?

-¿Serán ratones en el ático?

-Parece que es algo más grande. Ratas, quizás.

-Sí, pero calzadas con botas y arrastrando bolsas. Aquella frase bastó. Salieron de las camas, se enfundaron en sus batas y bajaron las escaleras a la mayor velocidad que se lo permitían sus respectivas artritis. Ninguna quería quedarse allí, justo debajo de quien calzaba esas botas.

Una vez abajo, se tomaron de la baranda y miraron hacia arriba.

-¿Qué buscarán en nuestro ático a esta hora de la noche? -susurró una.

-¿Nos robarán nuestros viejos cachivaches?

-¿Crees que podrían bajar a atacarnos?

-¿A nosotras? Si no somos más que dos viejas tontas y huesudas.

-Gracias a Dios que la puerta trampa sólo se abre de un lado y está cerrada con llave desde abajo.

Juntas, comenzaron a subir paso a paso en dirección a aquellos ruidos ocultos.

-¡Ya sé! -exclamó Rose súbitamente-. ¡En los periódicos de Chicago de la semana pasada leí que hay alguien que se está dedicando a robar muebles antiguos!

-No digas tonterías. Nosotras somos los únicos objetos antiguos que hay en esta casa.

-Bueno, pero algo tenemos. Un viejo sillón Morris, algunas sillas de comedor, aún más viejas, y una araña de cristal tallado.

-Comprada en una tienda ordinaria en 1914. Tan fea que no nos atrevimos a sacarla con la basura. Escucha.

Arriba, todo estaba más calmo. Miraron hacia la puerta trampa y aguzaron el oído.

-Alguien está abriendo mi baúl -dijo Emily mientras se tapaba la boca con la mano-. ¿Lo oyes? Hace falta aceitar las bisagras.

-¿Para qué van a querer abrir tu baúl? Si no hay nada ahí.

-Tal vez hay algo...

De pronto, en aquella oscuridad, la tapa del baúl se cerró con un ruido sordo.

-¡Qué tonto! -susurró Emily.

Alguien cruzó el ático en puntillas de pie, tratando de ser más cuidadoso después de aquella torpeza.

-¡Ahí arriba hay una ventana y se están escapando!

Las dos hermanas corrieron hacia la ventana del dormitorio.

-¡Abre las persianas y asómate! -exclamó Rose.

-¿Para que me vean? ¡Ni loca!

Esperaron y oyeron una especie de arañazo seguido de un estrépito cuando algo cayó sobre la acera.

Con la respiración agitada, abrieron las persianas para asomarse y vieron cuando dos sombras se alejaban llevando consigo una larga escalera. Una de las siluetas llevaba un pequeño paquete blanco en la mano libre.

-Algo robaron -dijo Emily-. ¡Vayamos a ver! -Bajaron las escaleras y abrieron la puerta del frente de par en par. Allí alcanzaron a ver pisadas en el césped cubierto de rocío. En ese preciso momento, un camión estacionado en el cordón se alejaba.

Las ancianas echaron a correr, haciéndose sombra con las manos sobre los ojos para tratar de leer la chapa del vehículo que se alejaba.

-¡Maldición! -exclamó Emily-. ¿Pudiste verlo?

-Vi un siete y un nueve. Nada más. ¿Llamamos a la policía?

-No hasta que sepamos qué se llevaron. ¡Apura el paso! Con una linterna, abrieron la puerta trampa ubicada sobre la escalera que conducía al ático y se internaron en la oscuridad.

Emily barrió el ático con su linterna mientras ambas tropezaban con viejos baúles, una bicicleta y la horrenda araña de cristal.

-No se llevaron nada-dijo Rose-. ¡Qué extraño!

-No sé. Revisemos el baúl. Ayúdame a sostenerlo. Con esfuerzo, abrieron la tapa que exhaló una bocanada de polvo y de antiguos aromas.

-Dios mío. ¿Te acuerdas de esto? Es el perfume Ben Hur de 1925. Lo lanzaron cuando se estrenó la película.

-¡Cállate! -dijo Emily-. ¡Cállate, por favor! Hundió la linterna en un hueco, en el medio de un antiguo vestido de fiesta, una suerte de bolsillo raído, de cinco centímetros de profundidad, diez de ancho y casi veinte de largo.

-¡Dios Santo! -gritó Emily-. ¡No están! Qué cosa?

-¡Mis cartas de amor! ¡Las de 1919 y 1920 y 1921! Estaban atadas con una cinta rosa. Eran treinta en total. Y ahora no hay ninguna.

Emily clavó la mirada en aquel vacío con forma de féretro en el centro del viejo vestido de fiesta.

-¿Para qué habrán querido robarme las cartas de amor que alguien que seguramente ya está muerto me escribió hace tanto tiempo a mí, que también podría estar muerta?

-¡Emily Bernice! -exclamó Rose-. ¿Dónde estuviste últimamente? ¿Acaso nunca viste esas novelas por TV que te hacen lagrimear hasta más no poder? ¿O las columnas de chismes de la revista local? ¿Nunca hojeaste esas estúpidas revistas femeninas que se leen en los salones de belleza?

-Trato de no hacerlo.

-Pues bien, la próxima vez, ¡léelas! Y verás que hay mucha gente con la mente retorcida. Mañana seguro que empieza a sonar el teléfono. Quienquiera que robó las cartas, te pedirá dinero para devolvértelas o las hará publicar por alguna editorial de libros femeninos o las usará para dar consejos en alguna columna amorosa. Eso se llama extorsión. ¿Qué otro motivo podría haber? ¡Publicidad! Vamos, no seas ingenua.

-No llames a la policía, Rose. No quiero ventilar mi vida delante de ellos ni de nadie. ¿Queda vino en la despensa? Vamos, Rose, muévete. Esto es el fin del mundo.

Al bajar, casi se caen al unísono.

Al día siguiente, cada vez que pasaba el camión del correo, Emily descorría las cortinas de la sala y esperaba a que se detuviera en su puerta, lo que nunca ocurrió.

Al otro día, cuando un camión de un servicio de reparación de televisores aminoró la marcha en busca de una dirección, Emily salió a interceptar a los periodistas maleducados que llegarían a husmear en el interior de su casa, lo que tampoco ocurrió.

El tercer día, su intuición le indicaba que ya había pasado el tiempo suficiente para que la gaceta de Green Town reuniera el material necesario y vomitara toda su intimidad sobre sus páginas, pero su vida siguió sin salir a la luz.

Pero...

El cuarto día, en el buzón de su casa apareció una carta sin que se advirtiera la presencia de ningún cartero. El nombre de Emily parecía escrito con jugo de limón y luego pasado por una llama para resaltar la caligrafía.

-¡Mira! -exclamó Emily-. Aquí dice: "¡Emily Bernice Watriss! Y hay una estampilla de dos centavos con fecha del 4 de junio de 1921. Alejó la carta para radiografiar el misterio.- Quien robó mis cartas hace cuatro noches decidió devolverme ésta. ¿Por qué?

-¡Ábrela! -dijo Rose-. El sobre tiene sesenta y dos años. ¿Qué tendrá el interior?

Emily respiró profundamente y sacó el frágil papel impregnado de amarronadas letras escritas a mano con bella caligrafía, al estilo de Palmer.

-"4 de junio de 1921" -leyó-. Y la carta dice: "Mi queridísima Emily..."

Emily dejó brotar una lágrima. -Vamos, sigue -la alentó Rose.

-Esta carta de amor es mía.

-Ya lo sé, pero ahora somos dos viejas fuera de combate. Ya nada puede incomodarnos. Dámela.

Rose la tomó y se dirigió hacia la luz. Su voz se fue apagando a medida que sus ojos recorrían la bella caligrafía de otras épocas.

-"Queridísima Emily: No sé de qué modo volcar en estas líneas todo lo que alberga mi corazón. La he admirado tanto, durante tantos años y, sin embargo, cuando hemos bailado o compartido picnics en el lago, me ha resultado imposible hablarle. En mi casa, me miro frente al espejo y detesto mi cobardía. Pero ahora debo expresar la ternura que siento por usted o enloqueceré, al extremo de no poder recuperar jamás la cordura. Temo ofenderla, por lo que esta breve esquela ha pasado por numerosas reescrituras. Querida Emily, sepa usted de mi afecto y voluntad de compartir parte de mi vida a su lado. Si tan sólo pudiera mirarme con gentil amabilidad, tan siquiera eso, me embargaría una inmensa felicidad. He tenido que refrenarme para no acariciar su mano. Y la mera idea de algo más, del beso más pequeño, me hace vibrar al punto de que me atrevo a expresar mis sentimientos. Mis intenciones son de lo más honorables. Si usted lo consintiera, quisiera hablar con sus padres. Hasta ese día, le envío mi cariño y mis sentimientos más nobles."

La voz de Emily sonó con más claridad al llegar a esta frase final...

-La firma "William Ross Fielding". Rose le echó una mirada a Emily.

-¿William Ross Fielding? ¿Quién era este hombre tan perdidamente enamorado que te escribía?

-¡Dios mío! -exclamó Emily Bernice Watriss con los ojos bañados en lágrimas-. ¡Ojalá lo supiera!

Día tras día, las cartas llegaban, no por correo, sino que eran deslizadas por el buzón a medianoche o a la madrugada y luego eran leídas en voz alta por Rose o Emily, que se turnaban para secarse las lágrimas. Día tras día, aquel escritor de otros tiempos imploraba el perdón de Emily, se mostraba preocupado por el futuro de su amada y firmaba con elegancia y un suspiro casi audible, William Ross Fielding.

Y día tras día, Emily con los ojos cerrados decía: "Léela otra vez. Creo que ya recuerdo el rostro que acompaña esas palabras".

Hacia el fin de semana, cuando ya se había formado una pila de seis cartas antiguas a punto de derrumbarse, Emily cayó exhausta y exclamó:

-¡Basta! ¡Que ese extorsionador que no da la cara por su pecado se muera! Quémala.

-Todavía no -dijo Rose que no traía consigo una carta amarillenta y añeja sino un sobre flamante y reluciente, sin nombre afuera ni adentro.

Emily, ya recuperada de ese arranque violento, la tomó rápidamente y leyó:

-"Me avergüenzo por provocar todo este problema, que sin duda debe terminar. Puede pasar a recoger su correspondencia por la calle South St. James 11. Sepa disculparme." No llevaba ninguna firma.

-No comprendo -dijo Emily.

-Es muy simple -sugirió Rose-. Quien está devolviendo estas cartas está intentando un acercamiento amoroso usando las cartas de otra persona de la época en que Calvin Coolidge fue presidente.

-Rose, siente cómo estoy. Tengo la cara encendida. ¿Por qué alguien se trepó a una escalera, robó en el ático y huyó? ¿Por qué no se para en el jardín y grita lo que quiere a los cuatro vientos?

-Porque -dijo Rose, con calma, mientras pasaba las hojas de la nueva carta-, tal vez quien escribió esto es tan tímido como lo era William Ross Fielding en su época, tan lejana que la memoria te traiciona v ni siquiera lo recuerdas. ¿Y ahora?

-Quisiera saber quién vive en la calle South St. James 11 -dijo Emily mientras miraba por la ventana.

-Es aquí.

Se detuvieron delante de la casa. Era tarde, 11 South St. James.

-¿Quién estará mirándonos desde allí adentro en este mismo instante? -preguntó Emily.

-Por cierto no el caballero que te mandó la confesión -dijo Rose-. Él sólo ayudó a cargar la escalera, pero seguramente no es el que carga con la culpa. Ahí adentro está el lunático que estuvo enviando las cartas. Y si no nos apuramos, pronto la calle se convertirá en un enjambre. Vamos,

adelante. Cruzaron el porche y tocaron el timbre. La puerta del frente se abrió de par en par. Y surgió la silueta de un anciano, con sus casi ocho décadas a cuestas, asombrado.

-Emily Bernice Watriss -exclamó-. ¡Hola!

-¿Qué diablos es esto? -contestó Emily Bernice Watriss.

-Es una invitación a tomar el té. ¿Entramos?

Entraron con paso furtivo y se ubicaron, listas para salir corriendo, mientras lo observaban verter el agua de la tetera sobre unas hojitas de Orange Pekoe.

-¿Con crema o limón? -preguntó el anciano.

-Ni crema ni limón para mí -dijo Emily.

-Gracias.

Tomaron sus tazas sin decir palabra y sin sorber una sola gota, mientras él bebía su té.

-Mi amigo me confesó que les había revelado mi dirección. Lo que ocurrió esta semana me afligió mucho.

-¿Y cómo cree que me sentí yo? -exclamó Emily-. Entonces, ¿fue usted quien me robó la correspondencia y luego la devolvió?

-Sí.

-Pues bien, explique qué es lo que pretende.

-¿Lo que pretendo? No, no. ¿Acaso pensaron que era una extorsión? ¡Qué tonto que fui al no haber imaginado que pensarían eso! No, de ninguna manera. ¿Esas son sus cartas? -Efectivamente.

-La carta de arriba, la primera, está fechada el 4 de junio de 1921. ¿Le importaría abrirla? Tómela de manera que yo no pueda leerla y permítame hablar, ¿de acuerdo?

Emily desplegó la carta sobre su regazo.

-¿Y bien? -dijo Emily.

-Sólo escuche -dijo. Cerró los ojos y comenzó a recitar en una voz apenas audible: -Queridísima Emily... Emily contuvo el aliento.

El anciano esperó, con los ojos aún cerrados, y luego repitió las palabras grabadas en el interior de sus párpados.

-Queridísima Emily: No sé de qué modo dirigirme a usted ni cómo volcar todo lo que alberga mi corazón... Emily dejó escapar el aliento contenido.

El anciano suspiró:

-La he admirado tanto, durante tantos años, y sin embargo, cuando hemos bailado o compartido picnics con sus amigos en el lago, me ha resultado imposible hablarle, pero ahora por fin debo expresar la ternura que siento por usted o enloqueceré al extremo de no poder recuperar jamás la cordura...

Rose sacó su pañuelo y se sonó la nariz. Emily sacó el suyo y se enjugó los ojos.

La voz del anciano era suave, luego potente y suave otra vez: y la mera idea de algo más, del más pequeño de los besos, me hace vibrar al punto de que me atrevo a poner en palabras...

Finalmente, con un susurro dijo:

-Hasta ese día, le envío mi cariño y mis sentimientos más nobles deseándole lo mejor en su vida futura. Firmado William Ross Fielding. Ahora, la segunda.

Emily abrió la segunda carta y la ubicó en un lugar donde él no alcanzara a leerla.

-Queridísima y adorable Emily -dijo-. No respondió a mi primera carta, lo que se explica por una o varias razones, que no la ha recibido, que no le permitieron recibirla o que sí la recibió, pero la rompió o la escondió. Si la he ofendido, sepa disculparme... Dondequiera que vaya, oigo mencionar su nombre. Los hombres hablan de usted. Las mujeres comentan que pronto se alejará en un crucero...

-En aquellos tiempos se acostumbraba-dijo Emily, casi en un susurro-. Las mujeres jóvenes y a veces también los hombres eran enviados al extranjero por un año para olvidar. -¿Aun cuando no hubiese nada que olvidar? -preguntó el anciano, mientras se observaba las palmas de las manos extendidas sobre sus rodillas.

-Aun en esos casos. Tengo otra carta. ¿Puede decirme qué dice ésta?

Emily la abrió y sus ojos se humedecieron al releer las líneas y al escuchar cómo, con la cabeza gacha, recitaba las palabras con la voz del recuerdo.

-Queridísima Emily, ¿puedo atreverme a decir... amor de mi vida? Partirá mañana y no regresará hasta después de Navidad. Se ha anunciado su compromiso con alguien que la aguarda en París. Le deseo una vida espléndida y feliz y muchos hijos. Olvide mi nombre. ¿Olvidarlo? ¿Para qué? Si nunca lo supo. ¿Willie o Will? Creo que así fue como me llamó. Pero nunca tuve un apellido para usted, de modo que no tiene nada que olvidar. Recuerde, sin embargo, mi amor. Firmado W. R. F.

Una vez que concluyó, se echó hacia atrás y abrió los ojos al tiempo que ella plegaba la carta y la colocaba sobre su regazo, junto a las otras, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

-¿Por qué me robó las cartas? -preguntó finalmente-. ¿Con qué fin las usó después de setenta años? ¿Quién le contó dónde podían estar las cartas? Las enterré en mi cajón, mejor dicho mi baúl, cuando partí hacia Francia. No creo que las haya vuelto a mirar más de una vez en los últimos treinta años. ¿William Ross Fielding le contó sobre ellas?

-Entonces, querida mía, ¿aún no ha adivinado? -preguntó el anciano-. Yo soy William Ross Fielding.

Un silencio increíblemente prolongado inundó el salón.

-Déjeme mirarlo. -Emily se inclinó hacia adelante mientras él alzaba la cabeza en dirección a la luz.

-No -dijo Emily-. Ojalá pudiera decir algo. Pero nada.

-Tengo el rostro de un hombre viejo ahora. Pero no importa. Cuando usted salió a conocer el mundo, yo partí hacia otros lugares. Viví en muchos países y he hecho muchas cosas. En fin, un solterón errante. Cuando supe que no había tenido hijos y que su marido había muerto, hace muchos años, regresé a este lugar, a la casa de mis abuelos. Me ha llevado todos estos años reunir el coraje suficiente para ofrecerle esta porción de mi vida.

Las dos hermanas estaban inmóviles. Casi se podía oír el latido de sus corazones. El anciano prosiguió:

-¿Y ahora?

-Bien -dijo Emily Bernice Watriss Wilkes con voz pausada-, todos los días durante las próximas dos semanas, envíeme el resto de las cartas. Una por vez.

Él la miró fijamente.

-¿Y entonces?

-No lo sé. Ya veremos.

-Bien. Entonces, es hora de despedirnos.

Al abrir la puerta, el anciano casi le rozó la mano. -Queridísima Emily...

-¿Sí? -Esperó.

-¿Qué va a...? -¿Cómo?

-¿Qué va a ...?- tragó saliva. Emily esperó.

-¿ ... a hacer esta noche? -acabó la frase, de prisa.

fin